



SOCIOLOGÍA Y DECONSTRUCCIÓN

Cuestiones de método

Daniel Alvaro

CONICET – Universidad de Buenos Aires, Argentina

| danielalvaro@gmail.com |

Resumen

El presente artículo indaga diversos vínculos entre la práctica sociológica y el trabajo deconstructivo tal como lo entendió Jacques Derrida. Estos vínculos van desde la estricta indiferencia hasta el rendimiento interpretativo, pasando por la hostilidad abierta. ¿Qué razón o qué razones pesan sobre cada uno de estos cruces? Si la sociología puede hacer uso de la deconstrucción, como tantas otras disciplinas lo vienen haciendo en sus respectivos campos de trabajo sin por ello renunciar a su especificidad y autonomía relativa, ¿en qué consiste dicho uso? ¿Cuál es pues la contribución del pensamiento deconstructivo a la investigación sociológica? ¿Cómo tratar este aporte desde un punto de vista metodológico? ¿En qué medida cabe hablar aquí de un “método”? ¿Qué significa y qué alcances tiene una deconstrucción del texto sociológico? ¿Cómo pensar, en la teoría y en la práctica, una deconstrucción de la sociología?

Palabras Claves:

Sociología, Deconstrucción, Método, Texto, Derrida



1. Intersecciones

Se pueden imaginar todo tipo de cruces, envíos y reenvíos entre la práctica sociológica y lo que, desde fines de la década del 60, se conoce con el nombre de deconstrucción. Precisamente por esta razón llama la atención que, salvo por algunas excepciones aisladas, la relación entre sociología y deconstrucción no se haya materializado hasta el momento en tentativas concretas de investigación. Todo sucede como si no hubiera nada en común entre ellas. O incluso, como si existiera una incompatibilidad radical entre una y otra. Tanto más sorprende este hiato en la medida en que la deconstrucción, desde su emergencia en la escena filosófica hace exactamente medio siglo, despierta vivo interés entre los representantes de una gran variedad de disciplinas ligadas a las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, entre la perspectiva sociológica tomada en su generalidad y el trabajo de tipo deconstructivo existe una distancia que aún hoy parece insalvable.

La práctica de la deconstrucción está indisociablemente vinculada al nombre de Jacques Derrida, quien fue el responsable de darle un sentido específico en el vocabulario filosófico y convertirla en una de las apuestas intelectuales más importantes de los últimos tiempos. Para comprender mínimamente su historia hay que remontarse al año 1967, cuando aparece en Francia un libro destinado a dejar huella. Me refiero a *De la gramatología*. Además de ser uno de los primeros y más recordados textos de Derrida, es allí donde utiliza por primera vez el término “deconstrucción”. Muchos años más tarde, en “Carta a un amigo japonés”, un texto de 1985 donde el autor reflexiona sobre el sentido de la deconstrucción, explica que el término, aunque de uso poco frecuente, ya existía en lengua francesa (Derrida, 2003, 1997a: 24). Algunos de los significados que consignaban los diccionarios le parecieron muy apropiados para describir el tipo de operación que intentaba llevar a cabo



por aquel entonces. Uno de los usos consignados es gramatical, y refiere al “[d]esarreglo de la construcción de las palabras en una frase”. Otro uso posible es más bien técnico, y remite a la acción de “[d]esensamblar las partes de un todo”. En ambos casos, se trata de la alteración de una estructura o de un sistema. Según Derrida, al utilizar esta palabra se proponía, entre otras cosas, traducir y adecuar a sus propios fines las nociones heideggerianas de *Destruktion* o de *Abbau*. Nociones que en el contexto de *De la gramatología* significaban “una operación relativa a la estructura o arquitectura tradicional de los conceptos fundadores de la ontología o de la metafísica occidental” (Derrida, 1997a: 23). La deconstrucción se presenta entonces como una acción de desmontaje del corpus conceptual de la metafísica, pero no es una destrucción, en el sentido de la demolición nietzscheana. Tampoco es una simple negación. Desestructura para comprender cómo se organiza y cómo funciona en la teoría y en la práctica una estructura determinada, ya sea social o cultural, económica, política o filosófica. Dado el elemento negativo que comporta la palabra (indicado por el prefijo “de(s)-”) y por el que muy rápidamente fue asociada a la aniquilación irracional, Derrida nunca se mostró del todo conforme con ella. Frente a las fuertes acusaciones que se le hicieron en este sentido, Derrida reivindicó el carácter afirmativo de la deconstrucción, esto es, su condición eminentemente racional. Pero no por eso retrocedió ante la exigencia de una crítica de la razón en nombre de todo aquello que, como el “acontecimiento por venir”, la excede y no puede ser reapropiado por ella.

Derrida es el primero en reconocer un obstáculo fundamental para definir y traducir la palabra *deconstrucción*, a saber, “que todos los predicados, todos los conceptos definatorios, todas las significaciones relativas al léxico e, incluso, todas las articulaciones sintácticas que, por un momento, parecen prestarse a esa definición y a esa traducción son asimismo desconstruidos o desconstruibles” (Derrida, 1997a: 27). Derrida



advierte que no hay que confundir la deconstrucción con un *análisis*, “sobre todo porque el desmontaje de una estructura no es una regresión hacia el *elemento simple*, hacia un *origen indescomponible*”, ni con una *crítica*, “en un sentido general o en un sentido kantiano” (Derrida, 1997a: 25). Tanto el análisis como la crítica son susceptibles de deconstrucción. Otro tanto vale para el *método*. “La desconstrucción no es un método y no puede ser transformada en método. Sobre todo si se acentúa, en aquella palabra, la significación sumarial o técnica” (Derrida, 1997a: 25). Existen al menos dos razones de peso por las que la deconstrucción no puede reducirse a una instrumentalización metódica. La primera es su carácter acontecimental, la singularidad irreductible que hace de cada deconstrucción una experiencia única de lectura y escritura. La segunda razón, acaso más compleja y menos fácilmente asimilable, es que la deconstrucción no es un *acto* ni una *operación*. “No sólo porque no corresponde a un *sujeto* (individual o colectivo) que tomaría la iniciativa de ella y la aplicaría a un objeto, a un texto, a un tema, etc. La desconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera de la modernidad” (Derrida, 1997a: 26). Una famosa y enigmática frase resume el movimiento de esta ruptura *ya siempre en curso*: “*Ello se desconstruye*” (*Ça se déconstruit*). O también: “*Está en desconstrucción*” (*C’est en déconstruction*) (Derrida, 1997a: 26).

Los primeros textos deconstructivos se dirigían contra los argumentos de los discursos estructuralistas que por entonces dominaban la escena académica francesa. De ahí que la empresa filosófica de Derrida, junto a otras que apuntaban en la misma dirección, hayan sido identificadas con lo que la crítica anglosajona denominó posestructuralismo. Por lo demás, el trabajo de Derrida tuvo un reconocimiento temprano y dio lugar a más de una polémica. Muy rápidamente convocó tantos admiradores como detractores. A partir de



entonces, su influencia no dejó de expandirse. El campo de la teoría y la crítica literaria se mostró especialmente receptivo a la deconstrucción. Lo mismo puede decirse del psicoanálisis, la teoría social y política contemporánea, la reflexión sobre la técnica y la tecnología, el derecho, la estética, la arquitectura y el cine. También fue recibida y puesta a prueba en campos marcadamente interdisciplinarios como los estudios culturales, poscoloniales, subalternos y de género. En resumen, son numerosas y variadas las disciplinas que hoy hacen uso de la deconstrucción con el fin de interrogar el conjunto organizado de presupuestos metafísicos que en cada caso las fundamentan. Pero ciertamente no es el caso de la sociología.

En este artículo me propongo analizar algunos de los motivos que directa o indirectamente colaboraron con este distanciamiento, al mismo tiempo que intento justificar y promover un desplazamiento en sentido contrario. En primer lugar, examino algunos de los contrastes más visibles entre dos lógicas claramente diferenciadas, dos maneras diferentes de razonar sobre los alcances de la razón. Para ello tomo como ejemplo el debate que mantuvieron Habermas y Derrida durante la década del 80. En segundo lugar, me pregunto por las implicaciones de emplazar la estrategia deconstructiva en el terreno de la sociología y, seguidamente, por lo que esta maniobra supone desde el punto de vista del método y la metodología. En tercer lugar, argumento en favor de una deconstrucción de la sociología. Arriesgo una formulación general para este ejercicio interpretativo y recorro al análisis de un problema específico para mostrar cómo actúa en la práctica de la investigación.

2. En nombre de la razón: el debate entre Habermas y Derrida

Ni los representantes de las principales escuelas sociológicas se mostraron atraídos por la orientación deconstructiva, ni Derrida, por su parte,



manifestó ningún interés particular por la producción sociológica clásica o contemporánea. De hecho, cabe preguntarse por qué tendría que haber sido de otro modo. Después de todo, la mayoría de los textos de Derrida están dedicados a autores identificados con la filosofía o la literatura. En ellos ningún sociólogo es solicitado en calidad de tal. Si se nombra o se cita a algún referente del área es al pasar y como parte de una demostración que concierne a otro autor. Ninguna obra sociológica es requerida, ni como apoyatura para el examen de un problema, ni como blanco de una lectura deconstructiva¹.

En el otro sentido, vale decir que las referencias a Derrida son muy escasas. Para los sociólogos, cuando su pensamiento no pasa inadvertido suele convertirse en objeto de una reacción violenta. Quizás el ejemplo más patente de un acercamiento crítico a su obra sean los artículos que le dedica Jürgen Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad* (1985). Estos artículos fueron el puntapié inicial de una prolongada polémica entre ambos pensadores. Vale la pena recordarlos, justamente, en la medida en que concentran muchas de las objeciones que se le hacen a la deconstrucción desde cierta mirada sociológica².

Habermas presenta a Derrida como un “discípulo auténtico” de Heidegger. Ambos son catalogados como los adversarios por excelencia del racionalismo occidental en el siglo XX. Según Habermas, Derrida, al igual que su maestro alemán, “tampoco escapa a la aporética estructura de un acontecer de la verdad vaciado de toda validez veritativa”

¹ Acaso valen como excepción los trabajos que Derrida dedica a Georges Bataille, Marcel Mauss y Karl Marx. Tres autores cuya inscripción disciplinaria es sumamente heterogénea y cuya identificación con la sociología es, por lo menos, problemática. Sobre estos autores, remítase, respectivamente, a Derrida (1989; 1995a; 1995b; 2002).

² En contrapartida, se puede señalar aquí la posición de Niklas Luhmann, quien no duda en afirmar puntos de convergencia entre la deconstrucción y su teoría sociológica de sistemas. Sobre las posibilidades y limitaciones de esta convergencia, véase Villalobos-Ruminott (2017, este número).



(Habermas, 2008a: 184). Desde este punto de vista, la deconstrucción sería una estrategia aporética que se exonera a sí misma de las pruebas de validez que permiten fundamentar racionalmente la pretensión de verdad a la que aspira cualquier discurso filosófico o científico. De ahí que Habermas acuse a la deconstrucción de ser mistificadora, a científica y evocadora de una autoridad vacua. En otro orden de cosas, le reprocha el haber diluido la diferencia de género entre filosofía y literatura como así también la diferencia entre lógica y retórica, a los efectos de invertir la primacía reinante al interior de ambos pares de opuestos. Derrida pondría en marcha esta reducción no solo a través del tratamiento que da a los textos que lee, sino también a través de los textos que escribe, lo cual tendría como efecto inmediato dispensarlo de las obligaciones a las que se somete toda forma de argumentación seria, responsable y productiva (Habermas, 2008b).

Derrida, por su parte, contesta estas críticas de manera igualmente categórica. Su respuesta no es inmediata ni está centralizada en un solo texto. Una parte de la misma puede leerse en la versión francesa de *Memorias para Paul de Man* (1988b), y otra parte puede encontrarse en *Limited Inc* (1988a). En los pocos párrafos de ambos libros que conciernen al debate en cuestión, Derrida se propone demostrar una incompreensión manifiesta por parte del autor de *Teoría de la acción comunicativa*. En lo que respecta al primero de los dos artículos citados, Derrida acusa a Habermas de haberlo leído de manera confusa, superficial y poco argumentada, violando de este modo las leyes de la razón y de la ética de la discusión. Respecto al segundo, lo acusa de no haberlo leído en absoluto, de no citarlo ni una sola vez, de no hacer referencia a ninguno de sus textos a lo largo de un artículo de veinticinco páginas que pretende ser una crítica sólida de su trabajo. Fundamentalmente, le reprocha el hecho de transgredir los principios básicos de su propio discurso acusador.



Aun tuvo que pasar mucho tiempo para que la controversia tocara a su fin. La posición política común que ambos autores adoptaron frente a los atentados del 11 de septiembre de 2001 habría puesto punto final al enfrentamiento³. Pero esta no es la cuestión que interesa aquí. Independientemente del saldo de este debate, tal vez ahora resulte más claro el porqué del desacuerdo básico entre, por una parte, cierta mirada sociológica poco tolerante y en el fondo dogmática frente a cualquier discurso que pretenda interrogar el fundamento de la razón —mirada que a mi entender la perspectiva de Habermas resume cabalmente aunque desde luego no agota todos sus alcances ni la diversidad de sus matices, y, por otra parte, el pensamiento deconstructivo con todas sus contradicciones. No hay duda, pues, de que en determinados ámbitos académicos siempre se sospechó del carácter irracional, nihilista y escéptico de este último, sin importar la cantidad ni la calidad de los argumentos que una y otra vez Derrida opuso a este tipo de acusaciones. A menudo las reservas vienen asociadas a rótulos equívocos como aquellos de “posestructuralismo” o “posmodernismo”, ambos sistemáticamente rechazados por el autor. Como consecuencia de estas embestidas, Derrida se vio en la necesidad de poner en evidencia hasta qué punto la deconstrucción —al menos la que él practicaba, como solía aclarar— es un procedimiento racional, sin que ello signifique perder de vista los límites de la razón. Además debió afirmar y reafirmar frente a sus críticos el carácter indisolublemente teórico y práctico de su trabajo, debido a que este no es una operación especulativa que se limita a montar y desmontar piezas conceptuales, sino que tiene consecuencias efectivas sobre instituciones y formaciones sociales.

Dicho esto, no se puede soslayar aquello que la sociología y la

³ El indicio más claro de este acercamiento lo constituye la aparición de un libro donde ambos autores son entrevistados por separado pero paralelamente a propósito de los mencionados atentados (Borradori, 2003).



deconstrucción tienen en común. Por heterogéneas que sean estas prácticas en muchos sentidos, ellas comparten una capacidad y disposición crítica ante lo evidente, lo que se tiene por cierto y seguro, lo natural o inherente y, en suma, cualquier forma de lo dado. ¿Por qué ignorar o condenar sin más la deconstrucción antes que ver en ella la posibilidad de profundizar y ampliar el *sentido* de la crítica? Después de todo, ¿no es precisamente la vocación por desnaturalizar los modos naturalizados de pensar lo social aquello que de formas muy distintas impulsa a los grandes proyectos de la sociología clásica y contemporánea? ¿No constituye uno de los primeros y principales objetivos de dichos proyectos el romper con los juicios de sentido común, con las así llamadas “prenociones”, incluido el sentido común y las representaciones impensadas de la propia ciencia? ¿Acaso el pensamiento sociológico, en sus mejores versiones, no nos invita a desconfiar del empirismo radical y, en el mismo sentido, de los valores de espontaneidad y transparencia que con aplastante simpleza se imponen al conocimiento? A pesar de las notables diferencias entre las obras de Marx, Durkheim y Weber, ¿no afirman todas ellas una clara ruptura con el sustancialismo filosófico y, más en general, con los naturalismos de todo tipo que velan el carácter eminentemente histórico y situado de los fenómenos sociales? Aún más cerca de nosotros, ¿no es preciso reconocer en algunas de las corrientes más influyentes de las últimas décadas (por ejemplo, aunque no solamente, en las múltiples perspectivas que ofrece la sociología crítica, la sociología pragmática y el relacionalismo) una toma de posición explícita contra los binarismos epistemológicos y conceptuales que dominaron históricamente el ámbito de la investigación social? ¿En nombre de qué razón quienes nos dedicamos a la sociología deberíamos privarnos de emplear la deconstrucción como tantos otros y tantas otras lo han hecho en ámbitos más o menos cercanos al nuestro?



3. Idioma y método

La deconstrucción es una matriz de investigación que funciona sobre diferentes terrenos y que se sirve de recursos que toma prestados, entre otros, de esos mismos terrenos en los que interviene. Tal como se puso de manifiesto a través de innumerables trabajos en el curso de las últimas décadas, el tipo de cuestionamiento que esta matriz habilita puede ser realizado en diferentes campos de estudio y, por cierto, de maneras muy distintas. Esto quiere decir, por un lado, que lo que habitualmente se entiende por deconstrucción no se limita al entorno de la filosofía, donde de hecho se originó pero al cual no está indefectiblemente circunscripto, y, por otro lado, que no hay una única manera de leer y escribir deconstructivamente. Sería ingenuo creer que existe algo así como “la deconstrucción”, siempre una y la misma. Existen diferentes estilos y formas de poner en cuestión la axiomática dominante de tal o cual registro del hacer, de tal o cual registro del saber. Por consiguiente, hacer uso de la deconstrucción en el ámbito de la sociología no supone necesariamente la apropiación de problemas ajenos a esta ciencia y a sus diversos legados. Más bien, se trata de empezar a reconocer lo que en este dispositivo de lectura puede resultar provechoso para pensar o repensar la inscripción histórica, las condiciones de organización y funcionamiento, el sistema de presuposiciones y el andamiaje conceptual de la propia tradición sociológica.

Entiéndase bien, la deconstrucción no es convocada para suplir una carencia o una supuesta debilidad de los enfoques metodológicos empleados comúnmente por la disciplina para reflexionar sobre sus propias prácticas científicas e institucionales. No solamente porque la deconstrucción carece de las condiciones mínimas para convertirse en una “sociología de la sociología”, sino también porque no es un método. No, al menos, en el sentido estricto de la palabra. Es necesario explicar



esto con detenimiento ya que constituye un aspecto sensible de la discusión en torno a la deconstrucción y, en la misma medida, el meollo epistemológico que habilitaría la separación, incluso la exclusión, entre la práctica sociológica y la estrategia deconstructiva.

Como ya se ha visto, la deconstrucción es contraria al método y a la metodologización. En primer lugar, porque se trata de un acontecimiento cada vez único. La singularidad de cada deconstrucción se relaciona tanto con la unicidad del texto deconstruido como con la del texto destructor. En segundo lugar, porque tiene lugar sin mediación de un sujeto. Como se decía más arriba: “ello se deconstruye”, “está en deconstrucción”. Otra forma de decir que ya siempre hay deconstrucción obrando en las obras. Desde luego, esto no es un impedimento para reconstruir críticamente la historia de la deconstrucción. Como tampoco es un impedimento para imaginar y proyectar una “sociología de la deconstrucción”.

En todo caso, parece claro que no es un procedimiento sometido a reglas fijas y, por lo tanto, no se puede aplicar como si fuera un instrumento metodológico. Sin embargo, Derrida escribe: “en ciertos medios (universitarios o culturales, pienso en particular en Estados Unidos), la ‘metáfora’ técnica y metodológica, que parece necesariamente unida a la palabra misma de ‘deconstrucción’, ha podido seducir o despistar”. Y agrega de inmediato: “De ahí el debate que se ha desarrollado en estos mismos medios: ¿puede convertirse la deconstrucción en una metodología de la lectura y de la interpretación? ¿Puede, de este modo, dejarse reapropiar y domesticar por las instituciones académicas?” (Derrida, 1997a: 26).

Estas preguntas no se responden de una vez, ni de manera negativa ni de manera afirmativa. Estos interrogantes surgen con fuerza a mediados de la década del 80, en un momento en que la deconstrucción había alcanzado una alta consideración en los medios vinculados a las



humanidades. Si bien las querellas en torno a la empresa deconstructiva no pasaban principal ni exclusivamente por la “cuestión del método”, cuestión que, por cierto, ocupó desde el comienzo un lugar destacado en la reflexión derridiana⁴, en todos los casos, la suponían. Numerosos académicos comenzaron a practicar la deconstrucción sin poder evitar objetivarla, convirtiéndola así en metodología. En esta coyuntura, más de una vez Derrida se vio llevado a precisar hasta qué punto la deconstrucción, tal y como él la entendía, puede quedar sujeta a una objetivación metódica.

De esta época datan una serie de textos sobre Descartes, con énfasis en su *Discurso del método*, dedicados a la palabra “método” (Derrida distingue *methodos*, el camino a seguir, el camino hacia algo, de *odos*, el camino sin más) y los valores técnicos, éticos y políticos que le están asociados. En estos textos se analiza el papel que juega el vocabulario del método, de la regla y de la norma en el recorrido filosófico y científico hacia la verdad (Derrida, 1984, 1995c, 1995d). En otro escrito del mismo período, Derrida advertía sobre la ligereza de quienes solo ven en la deconstrucción un “conjunto técnico de procedimientos discursivos” o un “nuevo método hermenéutico” al amparo de la Universidad en lugar de ver en ella, también, “una toma de posición, en el propio trabajo, respecto de estructuras político-institucionales” (Derrida, 1990: 424). En una entrevista de esta misma época expone con claridad la relación siempre problemática entre la singularidad y la generalidad de una deconstrucción, entre lo idiomático,

⁴ Véase Derrida (2000: 201-208), donde el autor describe y justifica “principios de lectura” o “consideraciones metodológicas” acerca de su propio trabajo. En otro texto temprano, Derrida toca la cuestión de la diseminación, estrategia textual plegada a la deconstrucción: “No hay *método* para ella: ningún camino regresa en círculo hacia un primer paso, ni procede de lo simple a lo complejo, conduce de un principio al fin [...] Ningún método: eso no excluye determinada marcha que se sigue” (1997b: 406).



y en consecuencia insustituible, y lo que puede ser repetido según leyes genéricas. Ante la pregunta del entrevistador acerca de cómo evaluar los efectos del trabajo deconstructivo, siendo que tantas veces se ha dicho que este no es un método, que no hay “método Derrida”, el entrevistado responde:

Naturalmente, creo que en cualquiera que hable o escriba hay un deseo por firmar de manera idiomática, es decir, irremplazable. Pero desde el momento en que hay una marca, es decir la posibilidad de una repetición, desde que hay un lenguaje, la generalidad ha entrado en escena y el idioma transige con algo que no es idiomático, con una lengua común, con conceptos, leyes, normas generales. Y por consiguiente, incluso si se intenta preservar el idioma del método [...], por el hecho de que no hay idioma puro, ya hay método; todo discurso, incluso una frase poética u oracular lleva consigo un dispositivo de reglas para producir cosas análogas y, por tanto, un esbozo de metodología. [...] En lo que escribo pienso que también hay reglas generales, procedimientos que se pueden transportar por analogía —es lo que llamamos una enseñanza, un saber, aplicaciones—, pero estas reglas se encuentran cogidas en un texto cuyo elemento es cada vez único y, ahí, no se puede dejar metodologizar totalmente (Derrida, 1992: 213-214).

Ni pura singularidad ni pura generalidad. Hay contemporización y mezcla. Por más vueltas que le demos al asunto no se puede afirmar con certeza que la deconstrucción sea un método, pero tampoco se puede afirmar lo contrario. Es justamente esta indecidibilidad característica de la matriz de pensamiento derridiano lo que exaspera a muchos de sus críticos de ayer y de hoy. Este deambular errante es lo que, más allá de las críticas justas o injustas, consecuentes o inconsecuentes, pone en guardia a quienes afirman el imperativo de una metodología rigurosa para su



labor investigativa en ciencia y filosofía. De este modo, la sospecha epistemológica frente al recurso deconstructivo por parte de la comunidad académica no solo es esperable sino casi ineludible.

Si este planteamiento apela a la deconstrucción, con todas las precauciones del caso, no es porque se tenga la convicción de que ella hace bien algo que la sociología hace mal o hace a medias, sino porque cuestiona un gran número de presupuestos metafísicos que el análisis sociológico por lo general no toma en cuenta, aun cuando estos tienen efectos concretos sobre su propio trabajo científico. Lo que quiero decir con esto es que no se trata de sustituir el tratamiento específicamente sociológico de los fenómenos sociales y de la propia sociología por un tratamiento de naturaleza y propósitos muy diferentes. Tal cosa no es posible ni deseable. Pero tampoco se trata, como se podría creer, de producir una amalgama superadora de movimientos complementarios donde el acervo intelectual de uno vendría a ampliar y enriquecer el acervo del otro, y viceversa. Nada de eso. Lo que se plantea aquí no debe tomarse por una “sociología deconstructiva” (Game, 1991; Agger, 1994) ni por una “deconstrucción sociológica” (Pfohl, 1985; Smikun, 2014)⁵.

En definitiva, de lo que se trata es de producir una incisión deconstructiva en la trama del *texto sociológico*, lo que equivale a abrirlo, a separar sus hilos para comprender mejor la formación y los dibujos de un tejido que se expande con cada lectura y cada escritura en las que aparece comprometido⁶. Lo que me interesa, específicamente, es incidir

⁵ Aun si aquí se han proporcionado algunas pistas, haría falta un estudio aparte para explicar por qué ninguna “ciencia”, así como ninguna “filosofía”, puede ser deconstructiva sin convertirse en su propia condición de imposibilidad, del mismo modo que la deconstrucción no puede tomar como referencia primera o última ningún “saber”, sea científico o filosófico.

⁶ Seguimos aquí la noción de *texto* propuesta por Derrida, y más en concreto el concepto de “texto general”, diferenciado del “texto determinado”, al cual abarca. “El texto general carece de márgenes, en el sentido establecido de la palabra; atraviesa de forma



(cortar, rasgar, hendir...) esta textura para poder identificar y transformar los aspectos más dogmáticos del discurso sociológico, pero también de todo aquello que en la sociología y sus inmediateces no se limita a la discursividad, por ejemplo, las instituciones, los ordenamientos pedagógicos y una pluralidad de estructuras sociales, económicas, políticas, técnicas, sexuales, etc. Como es evidente, esta propuesta tiene un alcance crítico, cuestionador. Y tiene también un alcance afirmativo, tal vez menos visible que el anterior, pero no por ello menos importante. La incisión tiene por efecto dejar al descubierto tanto aquello que en la sociología da muestras de estar naturalizado como aquello otro que, en cambio, puede y debe ser reafirmado en su carácter de conocimiento científico desde el cual se contribuye de manera indispensable e insustituible a la desnaturalización de lo social. Por extrema que pueda resultar semejante instancia de interrogación, esta no hace de la sociología una ciencia menos necesaria. Todo lo contrario.

La deconstrucción del texto sociológico indica una tarea con límites precisos. En primer lugar, está limitada por el modo de entender la deconstrucción, un modo que en lo fundamental no difiere del sentido que Derrida asigna a esta palabra, comprendida su ambivalencia característica entre lo particular y lo general, lo idiomático y lo metódico. En segundo lugar, se encuentra limitada por la especificidad de la sociología, es decir, de todas y cada una de las sociologías —irreductible pluralidad que por costumbre o comodidad continuamos escribiendo en

infraestructural todo lo que la metafísica llama la 'realidad' (histórica, económica, política, sexual, etc., en el sentido establecido de dichas palabras) en la medida en que esta está constituida por relaciones de fuerzas diferenciales y en conflicto, de huellas, pues, sin ningún centro de presencia o de dominio" (Derrida, 1997d: 46). Para más precisiones sobre esta noción, véase Derrida (1977; 2000: 181-208). Sobre la relación entre el "texto", la "tela", el "tejido" y la "malla", y, en el mismo sentido, sobre "la metáfora del *istos* y la pregunta sobre el *istos* de la metáfora", véase Derrida (1997c).



singular. Específico de la(s) sociología(s) es la historia del nacimiento y la formación de la disciplina; la relación entre esta y otras disciplinas en la lucha por la autonomización científica e institucional; el origen de los conceptos sociológicos fundamentales y su vinculación con esquemas teóricos y argumentativos que provienen de otros campos del saber; la pregunta por el “sujeto” y el “objeto” de lo social; la disputa sobre el método y los distintos métodos de investigación; la demarcación entre el trabajo empírico y el teórico; la relación de la sociología con la *crítica* (entiéndase, con el “sentido” o el “espíritu crítico”) y con las diferentes tradiciones críticas existentes; las divisiones internas y la especialización del conocimiento sociológico; el repertorio de autores y la construcción del canon; las escuelas, los movimientos y las tendencias; los sistemas de producción, publicación y circulación de textos; la diferencia y la distinción de lenguas; las políticas de traducción; las resonancias entre el registro científico, el ensayismo y la divulgación; la cuestión del estilo en la escritura sociológica; la geopolítica de los enclaves académicos; las simetrías y asimetrías entre perspectivas procedentes de los países del “centro” y aquellas que surgen en la “periferia”; las consecuencias de la “globalización” en la estructura general del estudio de lo social; las variaciones del punto de vista sociológico frente a las herencias filosóficas, éticas y políticas; las concepciones sociales de naturaleza humana y el problema de la normatividad; el lugar y el alcance de lo humano en la explicación de la socialidad; los posicionamientos epistemológicos y ontológicos en la disciplina; la conexión de la sociología con el resto de las ciencias sociales y las humanidades, etc.

Como se afirmó al comienzo, se pueden imaginar todo tipo de relaciones entre sociología y deconstrucción. La relación particular que aquí se propone no está dada. Por eso mismo es preciso inventarla. Pero esta invención requiere algo más que un mero programa teórico. En cualquier caso, no puede reducirse a eso. Solo el abordaje de un



problema particular puede descubrirnos la oportunidad que representa la orientación deconstructiva en el horizonte actual del pensamiento sociológico.

4. Deconstrucción de la sociología

Lo que llamo así es en principio la desestructuración de las oposiciones binarias que habitan el discurso sociológico desde sus orígenes, es decir, desde el momento en que algo así como la identidad sociológica comenzó a asumir los rasgos que hoy le conocemos. Se trata de un tipo de trabajo que, ya sea por desinterés, interés o conveniencia, la sociología no suele tener en cuenta pero cuya necesidad se hace sentir cada vez con mayor fuerza en las investigaciones contemporáneas. Oposiciones tales como comunidad / sociedad, orgánico / mecánico, natural / artificial, sentimiento / razón, originario / derivado, auténtico / inauténtico, objetivo / subjetivo, forma / contenido, micro / macro, real / ideal, agencia / estructura, hombre / animal, humano / no-humano, individual / colectivo, interioridad psicológica / exterioridad social, por solo nombrar algunas de las más persistentes, se encuentran sólidamente unidas a la metafísica y, en consecuencia, solicitan una deconstrucción.

La estrategia deconstructiva, aun sin ser un método, sin serlo enteramente, admite ciertos principios o, para decirlo con una expresión que Derrida usa a menudo, ciertos *protocolos de lectura*. Esto significa que no se interviene de cualquier forma, que la incisión en el texto no se realiza en cualquier dirección. Sin poder escapar aquí a una relativa simplificación de las cosas, se dirá que la tarea de la deconstrucción consiste en el cuestionamiento interminable de todas las diferencias que se presentan en el texto como simples dualismos. En una entrevista célebre en la que Derrida introduce la *“estrategia general de la deconstrucción”*, explica que esta procede siguiendo un movimiento



desdoblado. Este doble movimiento, este “doble gesto”, es su rasgo distintivo. *Por un lado*, es necesario “atravesar una fase de *inversión*” (Derrida, 1977: 54). La fase de derribo obedece a la necesidad de reconocer que una oposición conceptual implica una jerarquía violenta, tanto lógica como axiológica, de un término sobre el otro. “Deconstruir la oposición, significa, en un momento dado, invertir la jerarquía. Olvidar esta fase de inversión es olvidar la estructura conflictual y subordinante de la oposición” (Derrida, 1977: 55). *Por otro lado* y de forma simultánea, es preciso ir más allá del simple derribo ya que de lo contrario se corre el riesgo de confirmar la oposición, solo que ahora invertida, que se pretendía conmovier. Es preciso, entonces, provocar un *desplazamiento* a partir de “la emergencia irruptiva de un nuevo ‘concepto’, concepto de lo que no se deja ya, no se ha dejado nunca, comprender en el régimen anterior” (Derrida, 1977: 55).

Deconstruir una pareja de opuestos requiere un movimiento de *inversión* y otro de *desplazamiento*, una doble lectura y una doble escritura que se sirve a su vez de ciertos signos lingüísticos a los que Derrida denomina *indecidibles*. Estos términos reciben el nombre de indecidibles porque al tener significados ambivalentes, incluso contradictorios, resulta imposible asignarles un sentido único y, por lo tanto, se sustraen a la lógica oposicional al mismo tiempo que la dislocan. Se trata de “unidades de simulacro [...] que ya no se dejan comprender en la oposición filosófica (binaria) y que no obstante la habitan, la resisten, la desorganizan, pero sin constituir *nunca* un tercer término, sin dar lugar nunca a una solución en la forma de la dialéctica especulativa” (Derrida, 1977: 56). A lo largo de su obra Derrida se valió de diversos indecidibles. Muchos de ellos ya formaban parte del lenguaje, mientras que otros fueron inventados sobre la marcha: suplemento, *pharmakon*, himen, espaciamento, espectro y *différance* son solamente algunos de los



más conocidos⁷.

Si bien Derrida usó esta estrategia para desbaratar las oposiciones que fundan el texto filosófico, existen buenos motivos para ponerla al servicio de un trabajo análogo pero, esta vez, en el texto de la sociología y de otras ciencias sociales. Pues con estas comparte buena parte de las presuposiciones que confirman su pertenencia conjunta al sistema de pensamiento dominante.

Durante demasiado tiempo se creyó que el estatuto científico de la sociología alcanzaba para poner a esta fuera de alcance de las determinaciones metafísicas. A fuerza de repetición, este lugar común se convirtió en una suerte de evidencia sobre la que ya no valía la pena detenerse y menos aún discutir. Muchas de las personas que se dedican a la sociología se sienten cómodas con esta creencia. Les tranquiliza creer que su actividad, en tanto y en cuanto se encuentra dotada de un espíritu de investigación fuertemente reflexivo y racional, tendiente a la producción de trabajos empíricos con alto grado de exigencia metodológica, está libre de esta pesada carga. Pero lo cierto es que el discurso sociológico no es menos inmune que cualquier otro discurso a las determinaciones que operan, de manera implícita o explícita, a través de los modelos de pensamiento duales o dialécticos. El carácter metafísico de un discurso, cualquiera sea este, no se mide únicamente por su proximidad a la filosofía y al tratamiento teórico o contemplativo de los problemas de los que se ocupa. Si bien todos estos son elementos importantes, elementos que por lo demás la sociología ha considerado críticamente en el curso de su historia, no menos relevantes son las

⁷ Los términos, enunciados y recursos indecibles utilizados por Derrida son difícilmente determinables debido a la cantidad y a la variedad de los mismos. Si bien entre ellos no hay orden ni jerarquía, es imprescindible subrayar la noción de *différance* a causa del papel que jugó desde muy temprano en el proyecto deconstructivo; véase Derrida (1994).



oposiciones que se encuentran presentes y activas tanto en la filosofía especulativa como en las ciencias positivas. Y esto último, precisamente, es lo que se pasa por alto en la inmensa mayoría de los estudios sobre la realidad social. Las ciencias sociales pueden producir instrumentos cada vez más eficaces de vigilancia epistemológica con el fin de alcanzar el mayor rigor científico posible sin que nada de eso altere su vínculo con el edificio de la metafísica. Sin embargo, mientras no se someta a examen la lógica oposicional que gobierna estos discursos, la relación de dependencia con dicha edificación y con el orden que ella prescribe permanecerá relativamente inmovible.

Una maniobra de tipo deconstructivo como la que se plantea aquí obliga a trazar la genealogía de los conceptos sociológicos de un modo completamente distinto al que estamos habituados y, consiguientemente, nos pone en la situación de imaginar alternativas posibles, conceptos nuevos y sobre todo rebeldes al esquema binario que guía el pensamiento hegemónico sobre lo social. Ahora bien, este planteamiento no es una elaboración abstracta, en el sentido de una proyección ideal o imaginaria, sino que es la modalidad de trabajo empleada en una investigación que publiqué bajo el título *El problema de la comunidad. Marx, Tönnies, Weber* (2015). Tal vez no sea del todo inútil tomar este ejemplo para ilustrar una lectura en clave deconstructiva —una entre otras, claro está— del texto sociológico.

Dicho sin rodeos, lo que me propuse allí fue la deconstrucción del par comunidad [*Gemeinschaft*] / sociedad [*Gesellschaft*] junto a otros pares de opuestos con los que aquel se encadena. Con ese objetivo, comencé por delimitar histórica y conceptualmente el problema de la comunidad, hilo conductor y motivo central de la investigación. El análisis se centra en las tesis sobre la comunidad elaboradas por Marx, Tönnies y Weber, entendiendo que ellas son las que más contribuyeron a consolidar el sentido actual de esta noción tanto en el lenguaje de la



teoría como en el lenguaje de política. La investigación se encamina a demostrar que, en los discursos de estos autores, la *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft* forman una polaridad conceptual conflictiva y fuertemente jerarquizada. La “comunidad” representa el vínculo social tradicional, natural y originario que se opone, al mismo tiempo que se impone, al vínculo artificial y derivado que representa la moderna “sociedad” capitalista. Para dar cuenta del privilegio que posee la primera sobre la segunda, privilegio basado en la supuesta unión o en la simple identificación entre la comunidad y la verdad, entre la comunidad y el valor de verdad en general, creí oportuno inventar un término: *comunocentrismo*. Lo que se denomina así es la prelación metafísica por la cual la instancia comunitaria, además de prevalecer en todos los sentidos sobre la instancia societaria, se presenta como referencia paradigmática de la socialidad, de eso mismo que en los debates contemporáneos se designó como “ser-” o “estar-en-común”.

Finalmente, quise bosquejar las condiciones de posibilidad para una crítica radical de la dualidad interrogada. A tales efectos, se muestra cómo la inversión de la oposición, esto es, subordinar la “comunidad” a la “sociedad”, puede ser un recurso ventajoso para desnaturalizar la relación tradicional entre estos conceptos, pero resulta limitado en sus alcances deconstructivos. Invertir el sentido de la jerarquía no es suficiente. Para conmover efectivamente el sistema es necesario desplazar el texto haciendo intervenir una marca indecidible, es decir, un signo que desborde la dualidad, que se sustraiga a los contrarios sin convertirse en un tercer término. El signo con el que se pretende intervenir aquí es bien conocido. Sin embargo, su potencial es prácticamente inagotable, sobre todo si se considera su carácter ambivalente. La *relación* no es ni la comunidad ni la sociedad, ni la unidad ni la separación, ni la identidad ni la diferencia. No es *ni* una cosa *ni* la otra o es ambas cosas *a la vez*. Así se define, en términos generales, la lógica del “ni/ni” o del “entre” —Derrida



utiliza ambas fórmulas— a partir de la cual se determinan las marcas indecibles de un texto. La *relación*, en el sentido que pretendo darle a esta palabra, responde a esta lógica y es introducido como un concepto capaz de poner en cuestión la aparente naturalidad con que se presenta y opera el sistema de oposiciones sociológicas, empezando por la de comunidad y sociedad.

En suma, lo que intento dejar indicado en mi trabajo sobre el problema de la comunidad es que desde el momento en que se conduce la pregunta por la relación más allá de sus constricciones habituales, se despliegan posibilidades inéditas para pensar la socialidad. El interés de la tarea deconstructiva consiste, justamente, en abrir posibilidades de construcción que hasta ahora no han sido pensadas por el simple hecho de ser impensables al interior de las diferentes estructuras que conforman nuestra cultura. Abrir el juego a otras posibilidades, incluida la posibilidad de lo impensable o de lo imposible, supone una relación con la historia y con las herencias recibidas que, en el caso de la deconstrucción, pasa por dismantelar la arquitectónica del sistema de representaciones que regula nuestras prácticas.

5. A modo de conclusión: “Hay que comenzar en cualquier lugar donde estemos...”

El ejemplo anterior no pretende otra cosa más que indicar, a través de un análisis puntual, una de las muchas direcciones que puede tomar la deconstrucción de la sociología⁸. Estrictamente hablando, es un caso o

⁸ A pesar de todas las diferencias, empezando por la diferencia temática, quisiera destacar sugerentes afinidades entre esta iniciativa y las formulaciones generales de la reflexión infrapolítica, cuyos referentes se nuclean en torno al blog *Infrapolitical Deconstruction* (<https://infrapolitica.wordpress.com/>). Una buena introducción a los interrogantes que se plantea este colectivo es el dossier “Infrapolítica y posthegemonía” (Moreiras, 2015).



una ocasión más que un ejemplo. Pues no es ejemplar, en el sentido de modelo o prototipo, ni pretende serlo. Aunque quisiera serlo, todavía quedaría por demostrar que la deconstrucción es una técnica que simplemente puede repetirse siguiendo un patrón y, por ende, producirse o reproducirse en serie. Para volver al tema de fondo, habría que demostrar que la deconstrucción es un método o que puede llegar a serlo. Esto implicaría volver la estrategia deconstructiva contra sí misma y, en el mismo acto, privarse de una de las herramientas más eficaces contra la omnipotencia de los esquematismos académicos. Evidentemente, no es eso lo que se busca aquí. Sin embargo, hay que hacer valer sin vacilaciones, junto a la idiomatidad, lo que hay de “método” en la deconstrucción. Como ya se ha dicho, ella es una transacción permanente entre singularidad y generalidad. Incluso si no es posible aislar completamente una cosa de la otra, ya que siempre habrá un resto, una huella de la una en la otra y de la otra en la una, nada impide seguir los pasos que allanaron el camino de la deconstrucción. Eso es lo que intenté a través de este recorrido.

Me propuse seguir su marcha y, hasta donde fue posible, reconstruir una cierta andadura, una manera determinada de andar y desandar la textualidad del texto. Pues tiendo a creer que cuanto más se expliciten los aspectos generalizables de la deconstrucción, quienes reclaman un método claro y distinto para sus respectivas prácticas estarán más dispuestos a considerar seriamente este otro camino a pesar del halo de incertidumbre que lo envuelve, sin perjuicio de continuar tomando los caminos conocidos cada vez que se juzgue necesario.

La deconstrucción de la sociología es una tentativa metodológica, un tanteo experimental a la vez singular y común, parcialmente apropiable y enteramente compartible. Se trata de un movimiento que no es propiamente sociológico pero tampoco se identifica con lo otro de la sociología. El movimiento tiene lugar entre el adentro y el afuera de la



ciencia, oblicuamente, sobre un límite que separa uniendo o que une separando aquello que la sociología interioriza como rasgos estructurales de su propia identidad y aquello que en vistas de preservar su pertinencia la sociología se ve llevada a dejar afuera al punto de ignorarlo, negarlo o denegarlo. Es la exposición mutua y la confrontación entre un interior largamente trabajado, producido y sedimentado a través de la historia de la disciplina, y un exterior lisa y llanamente intratable, como lo impensado de sí misma. A partir de este ir y venir sobre el margen y entre sus lados es posible producir una incisión efectiva en el texto de la sociología, una cesura llamada a alterar la normalidad de los sociologemas que sirvieron tradicionalmente a la definición y al tratamiento de lo social. Cualquiera que lo desee puede hacer suya esta iniciativa que al mismo tiempo recuerda a quien lee y a quien escribe — la misma persona o acaso otra— que la tarea de una deconstrucción nunca se hace esperar y que su lugar es allí donde nos encontremos: “Hay que comenzar *en cualquier lugar donde estemos*, y el pensamiento de la huella, que no puede dejar de tener en cuenta la perspicacia, ya nos ha enseñado que era imposible justificar absolutamente un punto de partida. *En cualquier lugar donde estemos*: en un texto donde ya creemos estar” (Derrida, 2000: 207).

Agradecimientos

Agradezco a Emiliano Jacky Rosell, Alejandro Chuca y Andrés Pereira Covarrubias por las generosas lecturas de este texto.



Bibliografía

- Agger, Ben (1994). "Derrida for Sociology? A comment on Fuchs and Ward", *American Sociological Review*, 59 (4): 501-505.
- Alvaro, Daniel (2015). *El problema de la comunidad. Marx. Tönnies, Weber*. Buenos Aires, Prometeo.
- Borradori, Giovanna (2003). *La filosofía en una época de terror: diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Madrid, Taurus.
- Derrida, Jacques (1977). "Posiciones (entrevista con Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpetta)", en *Posiciones*. Valencia, Pre-Textos: 51-131.
- Derrida, Jacques (1984). "Descartes: lengua e institución filosófica", en *La filosofía como institución*. Barcelona, Juan Granica: 147-168.
- Derrida, Jacques (1988a). *Limited Inc*. Evanston, IL, Northwestern University Press.
- Derrida, Jacques (1988b). *Mémoires pour Paul de Man*. Paris, Galilée.
- Derrida, Jacques (1989). "De la economía restringida a la economía general. Un hegelianismo sin reserva", en *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos: 344-382.
- Derrida, Jacques (1990). "Mochlos ou le conflit des facultés", en *Du droit à la philosophie*. Paris, Galilée: 397-438.
- Derrida, Jacques (1992). "'Il n'y a pas le narcissisme' (autobiophotographies)", en *Points de suspension. Entretien*. Paris, Galilée: 209-228.
- Derrida, Jacques (1994). "La Différance", en *Márgenes de la filosofía*. Madrid, Cátedra: 37-62.
- Derrida, Jacques (1995a). *Dar (el) tiempo. 1. La moneda falsa*. Barcelona,



Paidós.

Derrida, Jacques (1995b). *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid, Trotta.

Derrida, Jacques (1995c). "Si ha lugar a traducir. I. La filosofía en su lengua nacional (hacia una 'litteratura en francesco')", en *El lenguaje y las instituciones filosóficas*. Barcelona, Paidós: 29-53.

Derrida, Jacques (1995d). "Si ha lugar a traducir. II. Las novelas de Descartes o la economía de las palabras", en *El lenguaje y las instituciones filosóficas*. Barcelona, Paidós: 55-83.

Derrida, Jacques (1997a). "Carta a un amigo japonés", en *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona, Proyecto A Ediciones: 23-27.

Derrida, Jacques (1997b). "La doble sesión", en *La diseminación*. Madrid, Fundamentos: 263-427.

Derrida, Jacques (1997c). "La farmacia de Platón", en *La diseminación*. Madrid, Fundamentos: 91-261.

Derrida, Jacques (1997d). "Tener oído para la filosofía. Entrevista de Lucette Finas con Jacques Derrida", en *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona, Proyecto A Ediciones: 39-47.

Derrida, Jacques (2000). *De la gramatología*. México, Siglo XXI.

Derrida, Jacques (2002). *Marx & Sons*. Paris, PUF / Galilée.

Derrida, Jacques (2003). "Lettre à un ami japonais". En *Psyché. Invention de l'autre II*. Paris, Galilée: 9-14.

Game, Ann (1991). *Undoing the Social: Toward a Deconstructive Sociology*. Toronto, University of Toronto Press.

Habermas, Jürgen (2008a). "Sobrepajamiento de la filosofía primera



temporalizada: crítica de Derrida al fonocentrismo”, en *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires, Katz: 179-203.

Habermas, Jürgen (2008b). “Excursus sobre la disolución de la diferencia de géneros entre filosofía y literatura”, en *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires, Katz: 204-230.

Moreiras, Alberto (coord.) (2015). “Infrapolítica y posthegemonía”, *Revista Debats*, 128 (3).

Pfohl, Stephen (1985). “Toward a Sociological Deconstruction of Social Problems”, *Social Problems*, 32 (3): 228-232.

Smikun, Emanuel (2014). “Sociological Deconstruction and Reconstruction: Mediation of Opposites by Interpenetration”, en Harry F. Dahms (ed.) *Mediations of Social Life in the 21st Century*. Bingley, UK, Emerald: 135-157.

Villalobos-Ruminott, Sergio (2017). “Deconstrucción, teoría social y sociología: Un desencuentro necesario”, *Cuadernos de Teoría Social* 3 (5): 53-72.